

## ¿Un patadón ahora?

—Fíjate en esos policías que ahí pasan corriendo. Ahora fíjate bien en el que va delante. Bueno. A ese yo le he zampado un patadón en el trasero.

—No te creo. ¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—¿Un patadón?

—Por qué no. ¡Y en el trasero! Estaba de espaldas cuando lo vi. Hacía días que lo había estado buscando y cada vez que yo apretaba los dientes sentía que la cólera me andaba rondando por la boca: una cosa rancia y resistente que me producía una comezón en las encías como si mascara un fierro lleno de moho. Así que al verlo parado en una esquina de su propio barrio no tuve ningún deseo de hacerla larga como para ir y plantarme delante de él y decirle por fin te encontré; ¡defiéndete, carajo! Más bien se me desbocó el paso hasta agarrar carrera y, sin decirle nada, lo pesqué por atrás con un patadón en el trasero. El patadón lo elevó y por un momento vi al tipo avanzar en

el aire como un sapo que hubiera pegado un salto. Se llevó las manos al trasero, empezó a sobárselo con un apuro desesperado y miró hacia atrás. Al verme huyó a la carrera quejándose como un perro al que le hubieran pisado la cola. Y sin dejar de sobarse el trasero, se zampó en su casa, que estaba a media cuadra de la esquina.

—¿Me quieres tomar el pelo?

—No, compadre; lo que te cuento es cierto. Entonces reapareció con la cara enrojecida de llanto, chorreando mocos y babas, jalando de la mano a su madre y empezó a tirarme dedo. La madre traía un palo en la mano.

—¿Crees que me voy a tragar ese cuentazo?

—No es ningún cuentazo; es cierto. El tipo resultó ser un tremendo cobarde. La mujer había alzado el palo y se me estaba viniendo encima escupiendo palabras podridas como solo se les oye a las forajas. Yo grité ¡putaaaza! y me quité como avión.

—No jodas, hombre.

—En serio.

—Bueno. ¿Y por qué lo andabas buscando?

—Por abusivo. Había golpeado a mi hermano enfrente de la escuela. Faltaban quince minutos para que terminara la entrada y cerraran la puerta y mi hermano se hallaba con dos de sus compañeros de estudios conversando en la calle a unos metros de la puerta. Vino el tipo y, ¡ya, carajo, entren!, le zampó una patada; luego a los otros dos. Mi hermano protestó. Y

como el tipo tenía una vara en la mano, lo molió a varazos.

—¿De qué estás hablando? Tu hermano tiene dos años menos que tú, y tú debes de tener veinticuatro. Ustedes hace años que terminaron de estudiar primaria.

—¿Y quién mierda dice que lo que estoy contando ha sucedido ahora o hace poco? Esto sucedió hace catorce años, cuando mi hermano estudiaba tercer año de primaria y yo quinto en la misma escuela. El tipo de que te hablo pertenecía a una de las secciones de quinto y había sido nombrado brigadier general por el director. Tenía mi edad y era ocioso, adulón y prepotente... Ahora anda de cachaco. Ahí puedes verlo, a la cabeza de su grupo, con uniforme, casco y zapatones, armado hasta el trasero como los demás... Fíjate cómo se han ido contra ese grupo de maestros y maestras que están en huelga y que han salido a las calles a protestar pacíficamente. Fíjate cómo les están lanzando bombas de gases lacrimógenos. Fíjate cómo los dispersan y persiguen a varazos. ¡Han caído unas maestras! Fíjate cómo las patean en el suelo, cómo las arrastran, cómo les dan de varazos en la cara. ¡Carajo! ¡Las están tratando como si fueran enemigas de la patria! ¿Acaso el pueblo es enemigo de la patria? ¡Esto no tiene nombre!

—¡Oh, Dios!... Por eso me parecía increíble que pudieras haberle zampado un patadón a una de estas bestias.

—¿Un patadón ahora? Para qué. ¡Lo que estas basuras merecen es un balazo!